

Identidad, adolescencia y grupos¹

Serapio Marcano²

Comencemos por tratar de pensar qué se entiende por identidad, para luego pasar a revisar cuáles son los fundamentos y cómo se configura la misma.

Una primera propuesta dice que: “es la condición de ser uno mismo, o similar en todo respecto; el carácter de persistir esencialmente inmodificado”. Es decir: “yo soy yo”. ¿En qué consiste el criterio de permanecer esencialmente inmodificado? No se trata solamente de aquello que nos da una identidad como seres humanos biológicamente diferenciados. Desde la perspectiva del funcionamiento de la mente se trata de la conciencia de nuestras particularidades que nos diferencian de otros seres humanos, pero también de nuestras semejanzas. Al mismo tiempo, debemos considerar que los cambios y modificaciones que se dan en nuestro ser producen diferencias dentro de nosotros mismos y, por ende, de nuestra identidad. ¿Cómo diferenciarnos de nosotros mismos manteniéndonos a la vez idénticos a nosotros mismos? Esto nos enfrenta a la existencia de contradicciones, a la existencia de semejanzas y diferencias tanto dentro de nosotros como con relación a los otros también semejantes y diferentes de uno.

Por todo eso diremos que el concepto de identidad lleva implícita la contradicción de la no identidad. Es la dialéctica entre la semejanza y la diferencia. Dicha dialéctica no se da solo en el plano intrapersonal, “sino ante todo y necesariamente en lo social, en la medida –como dice Avenburg

¹ Maracaibo, Diplomado DPPT Bion Center, 21 de septiembre de 2007.
XII jornadas de niños y adolescentes SPC, noviembre, 2012.

² Psiquiatra-Psicoanalista. Miembro titular en función didáctica de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal) y Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA).

(1973)— en que se refiere a una identidad humana que incluye la conciencia de lo que nos diferencia del otro que es a la vez mi semejante”.

En otros términos, sería que para que el “yo sea yo” debe apoyarse en un “no yo”. La identidad se apoya o se asienta en la no identidad. Ya años atrás, José Bleger (1971) nos había propuesto que la identidad reside en el “no yo” al cual llamaba *yo sincrético*, el cual debe quedar fijo.

Este “no yo” corresponde, siguiendo a Bleger, a un estado de no diferenciación, de fusión, que caracteriza los primeros estadios del desarrollo o las organizaciones más primitivas, que es el modelo que organiza las relaciones y que persiste en parte durante todo el curso de la vida. Por tanto el problema de la individuación, de la personificación y de la identidad no consiste en cómo “conectarse” o relacionarse con otras personas y con el medio, sino en cómo “desconectarse” a partir de esa fusión primitiva y organizar otro tipo de conexión o de relación.

Para Bleger, a diferencia y, según nuestro criterio, enriqueciendo lo planteado por Melanie Klein, existe una posición mental pre-esquizoparanoide, a la que llamó posición Glischro-cárica, que es una estructura sincicial y fusional primitiva, que caracteriza a la personalidad más precoz y sobre la cual se construyen los niveles más evolucionados y discriminados de la personalidad. Esta discriminación se va logrando, en principio, a partir de los mecanismos esquizoides o disociativos con sus identificaciones proyectivas e introyectivas y luego de las proyecciones e introyecciones, a través de las cuales se estructura progresivamente la parte más organizada, integrada e interiorizada de la personalidad. Entendiéndose por identificación proyectiva la fantasía inconsciente según la cual el sujeto introduce la totalidad o parte de su Yo en el interior del objeto para dañarlo, poseerlo o controlarlo. La identificación introyectiva resulta de la fantasía inconsciente de que un objeto se introduce en el Yo identificándose parcial o totalmente con sus características. La proyección en cambio consiste en la fantasía inconsciente donde el sujeto expulsa de sí y coloca en el otro (persona o cosa) cualidades sentimientos, deseos que no reconoce o rechaza de sí mismo. La introyección consiste en la fantasía inconsciente de hacer pasar de fuera hacia dentro objetos y cualidades inherentes a los mismos. Pero siempre van a permanecer en la mente modos de funcionamiento fusionales, sincréticos, no integrados, no discriminados, en proporciones y alternativas variadas, que no serán objeto de representación consciente y de las que no se apropiará el yo. Esta permanencia es relevante para la identidad, pues sobre ella se construyen los modos de funcionamiento mental más evolucionados y discriminados.

La identidad se haya entonces estructurada en tres niveles que interactúan

entre sí: 1) la estructura más evolucionada de la personalidad que interviene en la sociabilidad caracterizada por la relación interpersonal y basada sobre los mecanismos de proyección e introyección; 2) el nivel que resulta del uso de los mecanismos de identificación proyectiva e introyectiva y 3) el nivel que resulta de la permanencia de la estructura fusional sincicial primitiva y que caracteriza la sociabilidad sincrética.

Por tanto, la identidad se caracteriza, por una parte, por la cualidad de: 1) lo más evolucionado de la personalidad; 2) lo interiorizado y 3) lo más individual, único, independiente y autónomo. Pero por otra parte se asienta sobre una organización entre cuyas cualidades están: 1) que es poco evolucionada y mantiene una estructura primitiva; 2) que no es interiorizada ni exteriorizada ya que lo interno no ha sido discriminado de lo externo y 3) no se haya individualizada y, por tanto, no es independiente ni autónomo.

Este asiento de la identidad individual en los sujetos humanos está apoyado, a su vez, en la identidad con el otro, lo cual conforma la identidad social. Ya Freud nos decía en su obra *Psicología de las masas y análisis del Yo* (1921) que los sujetos humanos nos constituimos en sujetos desde un OTRO (resaltado mío) de la cultura. Es lo que entendemos, en el decir de Lacan: “El deseo del hombre es el deseo del Otro”. Es la modelización, desde el Otro de la cultura, del deseo del sujeto deseante. Ese deseo lo que busca es la satisfacción plena que consistiría en la repetición de la satisfacción primaria, en la re-unión indiscriminada con la madre (Marcano, 1997). Dicha madre es la primera portadora de ese deseo o mandato, cultural, que pasa a configurar un aspecto del Inconsciente individual y colectivo o grupal, y que, como diría Bion, corresponde al *establishment* o, si se quiere, al supuesto básico dominante que se impone dentro de un grupo cualquiera, sea ya terapéutico o social. La experiencia de satisfacción primaria busca repetirse, no admite discriminación, busca la unidad y está en la base fusional de la identidad que aspira a un absoluto. Es el “no yo”. Esta forma de la identidad se realiza a través de un proceso, la identificación que, tal como lo decía Freud, constituye la primera y primitiva forma de enlace afectivo con el objeto que, a la vez, es negado en su diferencia. Sobre la misma se van a superponer o integrar, a partir de los procesos de diferenciación, identificaciones más discriminadas conformando los múltiples Yos, los cuales dan forma a la identidad más discriminada que nos permite “yo ser yo”. Estos procesos de discriminación se van desarrollando en la medida que el deseo de satisfacción fusional con el objeto, de identidad de percepción, que luego se traduce en identidad de pensamiento, no sea satisfecho y se produzca la diferencia, el encuentro con lo que falta, con lo

que no está, para que pueda aparecer el pensar. Cuando el *establishment*, sea mental, institucional, individual y/o grupal puede ser suficientemente capaz de contener las ansiedades que produce esa falta de igualdad entre el objeto original y el actual —el “no pecho” en la terminología de Bion— puede dar lugar al nacimiento de lo que él llamó el místico o el genio, que puede ser tanto creativo como destructivo; el primero conforma o satisface las exigencias de su grupo, mientras que el segundo destruye sus propias creaciones. El encuentro con la experiencia del “no pecho”, lo que corresponde a una “realización negativa”, puede conducir a dos posibilidades: a) que se tolere la frustración y aparezcan los pensamientos como representación del pecho ausente conformando el aparato para pensar los pensamientos y b) que no se tolere la frustración y esta se evada o se expulse, se evacue, al equipararla a objetos malos, mediante mecanismos de identificación proyectiva, los cuales son usados como forma de comunicación predominante tanto con los objetos internos como con los externos.

Cuando los niños están atravesando el período llamado de latencia decimos que el mismo se caracteriza por un desarrollo de los niveles de sociabilidad interpersonal con el subsiguiente enriquecimiento del yo. Esto se hace posible debido a que los niveles de sociabilidad sincrética se rigidifican e inmovilizan conservando una fuerte separación entre los dos niveles de sociabilidad. La cultura y otros factores sociales, como la escolaridad, presionan para mantener esa separación con la consiguiente diferenciación intrapsíquica.

Cuando la fuerza pulsional, la irrupción instintiva durante la crisis puberal amenaza con borrar esta diferencia, se produce una crisis de identidad. Esta crisis consiste fundamentalmente en la pérdida de esa separación entre los dos niveles antes señalados. Al movilizarse o romperse la estructura sincrética, indiferenciada, simbiótica que se mantuvo inmovilizada durante la latencia, se desorganizan por consecuencia los niveles más organizados. El resultado es la coexistencia de diferentes niveles de identidad, es decir, una poli-identidad o identidad múltiple. Esto puede resultar angustiante o conflictivo o caótico, debido a las contradicciones que encierra. Pero también, tal identidad múltiple puede sostenerse de manera ambigua. Uno de los aspectos donde se pueden hacer manifiestos estos fenómenos o conflictos es en el de la identidad sexual. A veces uno no sabe si los adolescentes que tenemos enfrente son él o ella. Su forma de vestirse, de hablar, de accionar es muy ambigua. Los metrosexuales serían una expresión cultural de ello. La sexualidad actuaría como un organizador de la compleja problemática de la identidad de los adolescentes. La sexualidad estaría en el primer plano

acaparando toda la atención, mientras que el problema global de la identidad queda como figura de fondo.

En nuestra cultura, la crisis de la adolescencia tiende al establecimiento de una identidad interiorizada donde se va dando la discriminación entre sujeto y objeto, entre lo interior y lo exterior. Mejor dicho, todos los cambios que ocurren tanto en el cuerpo como en las relaciones con la realidad exterior de los adolescentes van a actuar de factores facilitadores y/o precipitadores de la conformación de dicha identidad, pero siempre basada y a partir de la estructura no discriminada o no diferenciada que viene desde los otros. Una parte de esto no discriminado permanecerá durante toda la vida como tal.

Durante la adolescencia se hace presente, de nuevo, el conflicto edípico, lo cual incide de una manera importante en la promoción de la función discriminadora durante esta etapa vital. Pero debemos también tomar en cuenta que la existencia de la función discriminadora ha estado desde el comienzo de la vida cuando el sujeto no encuentra una identidad de percepción cuando aparece el deseo de reencontrar al objeto de satisfacción original y no lo encuentra, es lo que Bion llama la “no-cosa”, lo que está ausente. Ante la frustración que este hecho produce se puede recurrir a la satisfacción alucinatoria del deseo como sucede en un sueño. Uno de los niveles de satisfacción alucinatoria implica la vuelta al tipo de narcisismo que contiene la fantasía inconsciente de ser uno mismo con el objeto, estar fusionado con él, sin discriminación. La acumulación de estímulos indeseados también hace que se recurra a la evacuación de los mismos bien sea transformándolos en mentalidad grupal de supuestos básicos, bien sea en alteraciones somáticas o evacuados a través de los órganos sensoriales en forma de alucinosis que, a diferencia de las alucinaciones, es un estado mental de encuentro entre el sujeto y el objeto mediante el cual se logra la transformación de la Realidad última (O) en Conocimiento (K).

La salida de la crisis de identidad durante la adolescencia, que es ante todo identidad sexual, se logra a través de la acción modificadora simultánea del mundo y de las propias necesidades. Esta acción modificadora conduce a otra crisis que es la crisis generacional, estrechamente relacionada con la crisis de identidad. Durante las mismas se produce la identificación de los adolescentes con sus pares y con ello la búsqueda de un ideal común representado por un líder. Es el proceso de apropiarse de su cuerpo esencialmente reprimido y modelado por la cultura dominante, pero a través del fortalecimiento de su Yo corporal mediante el grupo, lo cual le permite pasar a la acción donde satisfacer las necesidades reales atravesadas por el

deseo. En el encuentro con sus deseos e identidades y los deseos, identidades e intereses de los Otros, representantes de la clase social dominante, que obstaculizan los deseos e identidades adolescentes, se produce un conflicto, una lucha real, que devendrá en una lucha de clases en sustitución de la lucha generacional. Los adolescentes se enfrentan así dentro de ellos mismos y con el *establishment* social a la polarización entre el egoísmo y el altruismo, a la lucha entre “la satisfacción de la vida del individuo como individuo y en su vida como animal político (grupal)”, como señala Bion citando a Aristóteles. Es la oposición entre las tendencias ego-céntricas versus las socio-céntricas o entre narcisismo versus socialismo, según el mismo autor.

Esta lucha entre lo individual y lo grupal se observa en todos los fenómenos grupales y por supuesto en los grupos adolescentes.

Siguiendo a Meltzer (1974), diremos que en el período histórico actual se revela la verdad de la existencia de un “mundo adolescente” como estructura social, cuyo habitante es una feliz-infeliz multitud apesada dentro de la “inestabilidad” que se da entre su período de latencia y el asentamiento, “estabilidad”, en la vida adulta y cuyo perímetro no puede definirse por vía descriptiva. En otros términos, va desde la fragmentación del sí-mismo hasta la integración; desde la fragmentación de los objetos en múltiples objetos parciales hasta su integración en una familia de objetos totales en el mundo interno. Sobre este modelo deben ser reguladas las relaciones externas. La vivencia de identidad así conformada oscila entre niveles de integración variables tales como han sido descritos anteriormente y dependiendo de los mecanismos mentales puestos en juego los cuales estarán acompañados de sus respectivas ansiedades: confusionales, persecutorias y de individuación e integridad.

Pero, como en los adolescentes predomina un cambio continuo del sentimiento de identidad que se traduce en una cualidad de inestabilidad emocional —lo cual no les permite comprometerse con los demás, concretar resoluciones propias o asumir responsabilidades adultas— esto los lleva a un desconocimiento de que todas esas cualidades son partes de ellos mismos. Dice Meltzer (1974) que “Su solución ante este estado terrible es huida a la vida grupal donde las diversas partes de sí mismo pueden ser externalizadas en los diversos miembros de la ‘pandilla’. Eso es válido aún en el adolescente que no es aparentemente miembro de ninguna pandilla, porque siendo el ‘paria’ desempeña el rol que la formación de la pandilla requiere: el de una parte psicótica de la personalidad totalmente alienada en relación a aquellos que están integrados en la pandilla. El aislado a su vez proyecta sus propias partes más sanas”.

Bion, en su obra *Experiencias en Grupos* (1963), ya nos decía que el ser humano es un animal gregario, no puede evitar ser miembro de un grupo y que ningún individuo, aunque esté aislado, puede ser considerado como marginal respecto de un grupo. Sus observaciones de diferentes tipos de grupos le permitieron construir una teoría acerca del funcionamiento de los grupos. La observación fundamental es que el ser humano, al reunirse con otras personas para realizar una tarea, muestra dos tipos de tendencias: una dirigida a trabajar en procura de la realización de la misma y, otra, que se le opone mediante actividades más regresivas y primarias.

Para Bion el grupo funciona como una unidad aunque sus miembros no se lo propongan o no tengan conciencia de ello. A este fenómeno lo denomina mentalidad grupal. Está formada por la opinión, voluntad o deseo unánimes del grupo en un momento dado. Los individuos contribuyen a ella en forma anónima e inconsciente. Puede estar en conflicto con los deseos, opiniones o pensamientos de los individuos, produciéndoles molestia, enojo u otras reacciones.

La organización del grupo puede ser vista en determinado momento como la función, o la resultante, del interjuego entre la mentalidad grupal, voluntad colectiva y anónima, y los deseos del individuo, que son sus factores, a todo lo cual llama cultura del grupo. Ese interjuego da origen a un conflicto.

La mentalidad grupal contiene las opiniones y deseos del grupo, cuyos contenidos están configurados por impulsos emocionales intensos de origen primitivo e irracional, conformando los supuestos básicos, que expresan fantasías grupales, de tipo omnipotente y mágico, acerca del modo de obtener sus fines o satisfacer sus deseos.

Los supuestos básicos, jerarquizados por Bion son de tres tipos: 1) de *Dependencia*: en el cual el grupo venera y depende totalmente de un líder, al que idealiza al punto de convertirlo en una deidad y de quien espera le provea satisfacción a todas sus necesidades y deseos. Esa figura considerada la más fuerte es el terapeuta, líder sancionado por todo el grupo. 2) de *Lucha* o ataque y *Fuga*: durante el cual el grupo tiende a agredir o defenderse huyendo de un perseguidor, generalmente ubicado fuera del grupo y que, por lo general, es el terapeuta por haberlos frustrado de sus expectativas de dependencia. 3) de *Apareamiento*: según el cual el grupo tiene la creencia colectiva e inconsciente de que, cualesquiera que sean los problemas y necesidades actuales del grupo, un hecho futuro o un ser no nacido los resolverá. Sus esperanzas de salvación se centran en una pareja, vive en la pareja, cuyo hijo será el salvador del grupo cual Mesías. Es un intento de reparación

parcial, delegando en la pareja la función reparadora e integradora, que surge cuando falla el intento de reparación colectivo.

Los supuestos básicos son el equivalente, para el grupo, de fantasías omnipotentes acerca del modo en que se resolverán sus dificultades y las técnicas para lograrlo son mágicas. Son estados emocionales tendientes a evitar la frustración inherente al aprendizaje por la experiencia, lo cual implica dolor, esfuerzo y contacto con la realidad.

Los supuestos básicos pueden fluctuar de unos a otros, superponerse mediante subgrupos o persistir por largos períodos. Los supuestos básicos son maneras que tiene el grupo de lidiar con los conflictos que amenazan con desintegrarlo. Surgen sentimientos muy primitivos, particularmente la agresión y por lo mismo recurre a mecanismos similares a los encontrados en las psicosis. Eso llevó a Elliot Jackes a postular que los grupos y las instituciones se conforman como defensa ante la amenaza de las angustias psicóticas. Siguiendo a Melanie Klein, las dos formas radicalmente opuestas de enfrentar las angustias primitivas que, junto a las defensas respectivas, configuran las posiciones esquizoparanoide y la posición depresiva.

Tal como el grupo fluctúa entre los diferentes supuestos básicos, también oscila entre procesos paranoides y depresivos. Los objetos internos a los que siente “malos” o cree haberlos destruido, los proyecta en las personas de su ambiente grupal donde intenta controlarlos, con la consecuente perturbación en la comunicación. Pero también busca reparar en ellos lo que siente haber destruido, motivo por el cual quiere permanecer en el grupo y produce la estabilización del mismo. Todo se hace por medio de la comunicación verbal, aunque también hay miembros que pueden, por diversas razones, permanecer silenciosos. Así como hay comunicaciones verbales y silencios que están al servicio del trabajo elaborativo del grupo, también hay motivos defensivos y resistentes tanto en el habla como en el silencio.

En los grupos reunidos con un objetivo terapéutico, la interpretación es el instrumento terapéutico de primer orden, la cual debe buscar hacer consciente lo inconsciente, demostrar las resistencias y defensas que se oponen a la emergencia de lo reprimido, subrayando los contenidos emocionales existentes. Todo ello en el “aquí y ahora” de la sesión, considerándolo en función del campo transferencial que en el grupo funciona según las leyes de la gestalt y, por tanto, se habla de una transferencia gestáltica equiparable al concepto de Valencia, acuñado por Bion, y que consiste en “la disposición del individuo, espontánea e instintiva, para combinarse con otro individuo o con el grupo, al hacer y actuar de acuerdo con los supuestos básicos”. Dicha interpretación debe ser dirigida al grupo como totalidad sin dejarse

seducir, como dice Bion, por interpretaciones a los individuos, lo cual llevaría al fracaso dado que se cedería a la influencia del supuesto básico de Dependencia en lugar de interpretarlo, disminuyendo su contribución al grupo de trabajo. Solo se interpretaría aquel aspecto de lo individual que muestra que cuando el individuo está queriendo obtener ayuda a su problema lleva al grupo al supuesto básico de Dependencia. Para diferenciar la participación espontánea en el grupo de supuesto básico de la participación, inconsciente o consciente, en el grupo de trabajo, Bion propone reservar la palabra cooperación para esta última.

En la interpretación debe incluirse la calidad que contratransferencialmente percibimos. También la interpretación liga los aspectos proyectados, que en el grupo son muy intensos, con los internos y facilita la discriminación de la realidad psíquica. La efectividad interpretativa se mide por la disminución de las resistencias y de la angustia y por la emergencia de nuevos problemas. En consecuencia, debe surgir el *insight* que es auténtico en la medida que integra la comprensión intelectual con la vivencial y cede la compulsión a la repetición.

Una vez integrado un grupo adquiere vida propia, rica en acontecimientos y fantasías, forjando su propia historia que no tiene que ver con la historia de los individuos del grupo, crea su propio idioma y sus propias normas y moral que es diferente a la moral externa cultural.

Los conceptos expresados por Bion pueden aplicarse tanto a los pequeños grupos terapéuticos como a otros tipos de grupos que encontremos en la división de la sociedad. En cualquier grupo, sea terapéutico o no, el conductor o líder formal estará expuesto a salirse del rol que le corresponde, que es sostener el nivel científico de trabajo, para pasar a funcionar en el nivel de supuesto básico asumiendo el rol que el grupo le atribuye.

Toda idea nueva que promueva evolución, y que el grupo tenga que encarar y que no pueda instrumentar en una cultura de grupo de trabajo ni neutralizar en una cultura de supuesto básico, constituye una amenaza, dando lugar a una forma de reacción llamada forma aberrante de trabajo, que en la del grupo de *dependencia* consiste en el intento de presionar a través de la acción sobre algún grupo externo para influirlo o ser influido por este. En la del grupo de *ataque y fuga*, la forma aberrante está representada en aquellas actividades tendientes a tomar posesión de la persona del terapeuta líder, de grupos externos o a ser poseídos por un grupo exterior, sus ideas u opiniones. Finalmente, en el grupo de *apareamiento* la forma aberrante es la tendencia a la fragmentación.

La idea nueva, en su evolución, amenaza la estructura del grupo básico,

trayendo aparejada la posibilidad de la situación denominada por Bion, cambio catastrófico. Una característica común a todos los grupos de supuesto básico es la hostilidad con que se oponen a cualquier estímulo hacia el crecimiento o desarrollo.

En los grupos de supuestos básicos el lenguaje deja de ser simbólico y más que una forma de pensamiento es utilizado como una forma de acción. Funcionan de acuerdo al modelo de los procesos primarios donde no hay temporalidad y no se tolera la frustración.

Para finalizar, reproduzco lo que dice Meltzer (1974) en relación a los grupos de adolescentes: “El rol del grupo, como pauta social en la adolescencia, indica que aunque pueda aparecer como delictivo o antisocial, enfrentado con el mundo adulto, protege del proceso de *splitting*. Mediante la diseminación de partes del *self* en miembros del grupo, se logra el alivio del impulso masturbatorio y los procesos sociales sobrevienen en serie, los cuales fomentan la gradual disminución de la disociación, disminución de la omnipotencia y alivio de la ansiedad persecutoria por logros en el mundo real.”

La ejemplificación de cómo se pueden ver reflejados estos fenómenos adolescentes grupales en la vida onírica lo ejemplificó a través del caso de “una púber que pertenecía a una pandilla de cinco niñas, todas perturbadoras en el colegio, que soñaba repetidamente que ella era una de cinco presidiarios, que estaban confinadas en una débil estructura de tablillas en la cima de un árbol alto. Pero cada noche se escapaban y rondaban por la villa, retornando a sus apresadores, pero sin ser vistas, antes del amanecer.”

El sueño fue relacionado con hábitos masturbatorios en los cuales sus cinco dedos, por la noche en la cama, exploraban sus orificios y la superficie de su cuerpo.

Referencias bibliográficas

- AVENBURG, R. (1973). “La identidad del adolescente. Definición”, en: *La identidad en el adolescente*, Bleger J.; Giovacchini P.; Grinberg L. y R.; Horas E. y P. y otros. Buenos Aires: Paidós-Asapia, 1973.
- BION, W. (1963). *Experiencias en grupos*. Buenos Aires: Paidós, 1974.
- _____ (1970). *Attention and Interpretation*. London: Tavistock Publications.
- BLEGER, J. (1971). “La identidad del adolescente. Fundamentos y tipicidad”, en: *La identidad en el adolescente*, Bleger J.; Giovacchini P.; Grinberg L. y R.; Horas E. y P. y otros. Buenos Aires: Paidós-Asapia, 1973.

- FREUD, S. (1921). *Psicología de las masas y análisis del Yo*, en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- MELTZER, D. (1974). *Estados sexuales de la mente*. Buenos Aires: Kargieman.
- MARCANO, S. (1997). “Violencia, Individuo y Cultura. Sus modos, sus relaciones con las transgresiones y las crisis”. Presentado en la Mesa Redonda sobre “Crisis, Violencia y Trasgresión”. SP de Cs., 1997.